

MITOS Y REPRESENTACIONES DE LA INTELIGENCIA ARTIFICIAL

Editores

Gastón Becerra | Joaquín Mezzadra | Guillermo Movia



Epílogo: una reflexión compartida sobre IA

Gastón Becerra, Joaquín Mezzadra y Guillermo Movia

En estas palabras finales queremos volver a las distintas contribuciones para identificar problemáticas compartidas y posibles estrategias en la discusión pública de la IA. Para no recargar la lectura, evitaremos referenciar de manera explícita a cada autor; en cambio, incorporaremos sus palabras, explicaciones y ejemplos dentro de una voz colectiva.

Cuando hablamos de IA, discutimos lo humano y la sociedad

Una primera apreciación que surge del ejercicio es que estamos frente a fenómenos que ya eran complejos, incluso antes de su vinculación con la IA. Tratar nociones como inteligencia, comunicación, objetividad o creatividad nos conduce a reflexionar sobre aquello que nos constituye como humanos y como seres sociales. Cuando los psicólogos discuten la IA problematizan la empatía y escucha; los docentes y educadores discuten sobre lo que significa acompañar; los sociólogos, sobre cómo atribuir la condición social. En ninguno de estos campos se naturalizan estas nociones, ni se las relega a una supuesta esencia humana, lo que evitaría enfrentar el desafío de problematizarlas y definir las. Más bien, nos desafían a repensar estas categorías a la luz de transformaciones recientes, dentro de las cuales se encuentra, entre otras, la masificación de la IA. También destacan que estos no son problemas que se puedan atender recurriendo solo a conceptualizaciones y a definiciones teóricas. Como suele suceder en los temas que involucran a la ética, a veces la respuesta es un valor, una preferencia o una definición política. Así, para discutir la IA debemos tomar posición sobre qué esperamos de un comportamiento ético, qué buscamos en una educación de calidad, o con qué vara evaluamos un vínculo significativo.

Estas tesis se muestran como puntos de encuentro para un diálogo interdisciplinario fructífero, donde las distintas claves interpretativas señalan aspectos y problemáticas interrelacionadas y las consideraciones sobre los diferentes dominios materiales implicados redibujan los límites y los componentes del fenómeno. Interpelar a la IA a través de un prisma complejo logra formulaciones que parecen paradojas: comunica pero no comprende, es inteligente pero no piensa, con quien nos vinculamos sin relacionarnos. De hecho, resulta muy interesante que investigadores de distintas disciplinas hayan atribuido diferencialmente

capacidades a la IA, como cuando desde la psicología afirman que no puede comunicar, mientras que los sociólogos asumen esta capacidad para insertarlos en la sociedad.

Una de las nociones más atendidas para dar sentido al fenómeno de la IA es la de sociedad. Se la ubica en los últimos avances de una sociedad de la información o una de alienación digital, en la que la jaula de hierro de la racionalidad moderna se encripta en códigos y algoritmos incomprensibles. A la vez, se destaca que la IA avanza sobre una modernidad líquida, de vínculos frágiles y de individuos encerrados en monoambientes digitales. La sociedad aparece como un proyecto en disputa: con la irrupción de la IA se desafían las normas y valores que sustentan la convivencia democrática, se redistribuyen las posiciones de poder entre nuevos actores y se avizoran formas de dominación y de intermediación social novedosas. Se nos advierte de una sociedad de datos y de algoritmos, de máquinas de destrucción matemática con gran capacidad de impacto y sin responsabilidad. La IA –o quienes la impulsan– pareciera tener un proyecto de sociedad ideal: una más lubricada y con menos fricción y conflicto, o de mayor confort y menos incertidumbre. Una sociedad personalizada o individualizada, aunque no sea claro a la imagen de quién.

Operan en este enfrentamiento algunas trampas retóricas, como cuando se dice que “la IA es superior al humano” porque ha sido capaz de vencer en algún juego a un gran maestro. Este tipo de planteos da por sentado que cuando hablamos de lo humano nos referimos a capacidades de los individuos y no a posibilidades que emergen de lo colectivo o del funcionamiento de la sociedad en su conjunto. Se olvida así que la crítica mutua que guía la colaboración y la competencia científica conduce a que la ciencia sepa más que cada científico; o que los controles interpersonales hacen de la terapia un lugar seguro; o que el arte solo puede abrir nuevos mundos gracias a su polifonía. Recientemente, el historiador Matteo Pasquinelli (2025) argumenta que antes que copiar capacidades mentales, lo que la tecnología y la IA han pretendido emular es una configuración de relaciones sociales regidas por la división del trabajo. Se trata de empezar a ver en la IA el reflejo de lo colectivo.

El reemplazo no es el único peligro

Algunas de las discusiones tienen como disparador un escenario de provocación: tratan sobre la automatización por parte de la IA, y en contraparte, del reemplazo y la obsolescencia de varios roles profesionales. Este planteo podía ser un riesgo para el desarrollo de la discusión, ya que un caso tan extremo desvía la

Epílogo: una reflexión compartida sobre IA

pregunta de otras formas más complejas de pensar la IA, o condiciona una respuesta más visceral.

Sería esperable que un psicoterapeuta, docente o investigador adopte una actitud tendiente a defender su campo de injerencia. Sin embargo, ninguna contribución argumentó la prohibición de la IA en algún campo particular. Más bien, el foco estuvo en la necesidad de redoblar esfuerzos para atender las problemáticas originales a los que su rol se orienta. Por ejemplo, en primer lugar, los psicólogos discuten la calidad de la atención en salud mental y, luego, si la IA puede o no jugar un papel en ella. Así, las discusiones sobre el reemplazo adoptan una posición crítica, pero no de la IA, sino de la sociedad y los problemas actuales.

En la misma línea, también se advierte que la IA reemplaza empobreciendo. Por caso, quien crea que la IA puede sustituir a un docente, seguramente reduzca este rol a la tarea de transmitir contenidos. Del mismo modo, los psicólogos nos recuerdan que la terapia es mucho más que responder de manera calma y afectiva, aunque esto pueda ser momentáneamente beneficioso. En muchos casos, la IA se presenta como un recurso para sostener prácticas ya precarizadas, convirtiéndose en una herramienta de disciplinamiento laboral. Así, por ejemplo, docentes que valoran acompañar y evaluar con atención terminan viéndose forzados a recurrir a la IA cuando las condiciones de trabajo los desbordan. Por esto, las discusiones avanzan y nos preguntan cómo enriquecer y mejorar aquello empobrecido: ¿qué aspectos de nuestras tareas queremos mantener y cuáles transformar, agilizar o automatizar? Este tipo de preguntas ordenan los límites de la discusión sobre la adopción de la IA.

Los problemas del solucionismo tecnológico o la discusión de qué es lo importante

¿Es distinta la respuesta cuando el mito que se discute no habla de reemplazo sino de soluciones que optimizan, mejoran, o aportan? Interesantemente, no: la estrategia es la misma. Quienes discuten que la IA viene a aportar soluciones, también reclaman que se debe empezar por poner el foco sobre el diagnóstico y discutir la definición misma de la problemática, para luego evaluar si la posible solución considera las dimensiones que nos importan.

Se coincide así con la crítica que el historiador Evgeny Morozov (2015) hace del “solucionismo tecnológico”, la creencia –en sus palabras, “la locura”– de que toda problemática social puede resolverse mediante la tecnología, señalando que opera en ella una simplificación radical: las problemáticas y sus complejidades sociales quedan reducidas a un cálculo de eficiencia meramente técnica. Además, se advierte que las propuestas solucionistas esconden ganadores y perdedores. En

lugar de discutir una problemática, algunas soluciones no están más que seleccionando quiénes son los actores que importan. Lo eficiente para algunos puede ser pernicioso para otros. En fenómenos complejos como los que se pretende atender con IA suele haber gran variedad de actores involucrados, con intereses en disputa y con transformaciones que tienen múltiples escalas. Así, lo que puede ser un aporte en el nivel micro, puede también convertirse en un problema en el nivel macro. En este sentido, una herramienta que tiende a mejorar la productividad, beneficiando en la competencia a los individuos que la adoptan, puede terminar por generar un campo con niveles de exigencia que desvirtúan las reglas del juego.

Con el optimismo no alcanza

En las discusiones el rechazo a la IA se lo descarta como una reacción motivada por miedos y angustias que bloquean la pregunta por cómo adoptarla de manera más beneficiosa, creativa y situada. De hecho, ninguno de los argumentos recogidos podría ser catalogado como un posicionamiento contra la IA. Más bien, notamos un optimismo crítico que advierte que los beneficios de la IA sólo se podrán aprovechar bajo ciertas condiciones.

En ocasiones, los autores apelan a la formulación de que la IA llegó para quedarse y debemos adaptarnos, a partir de la cual despliegan distintos planos de discusión. El primero es el de los cambios que debemos realizar en nosotros mismos para usarla de manera ética y eficiente. El segundo es el de la adaptación de la propia IA a nuestras necesidades, a través de regulaciones, políticas, leyes, derechos y acciones colectivas que orienten su desarrollo hacia ideales éticos y políticos compartidos. El tercero es el de la adaptación del entorno en el que convivimos con la IA, garantizando instituciones y culturas capaces de sostener una reflexión crítica.

Concretamente, en las discusiones de los mitos se mencionaron varias estrategias para la adopción de la IA:

- En primer lugar, más educación. Esto no es solo profundizar la alfabetización tecnológica, aunque sin duda es importante, sino profundizar el conocimiento sobre las dimensiones sociales de la tecnología. Entender los costos y los riesgos de la IA es condición para promover una adopción eficiente y sustentable en el tiempo, del mismo modo que ser consciente de sus límites nos permite diseñar mejores procesos.
- En segundo lugar, más educación (¡sí, otra vez!) para los profesionales y para el público en general, en línea con un compromiso con las problemáticas. Por caso, los investigadores reclaman especialmente mayor

Epílogo: una reflexión compartida sobre IA

formación ética para asegurar una “verdadera” contribución a la ciencia en el uso de IA. A la vez, los psicólogos señalaron que si la IA está siendo adoptada como herramienta para contención emocional, entonces es necesario enseñar a los pacientes a utilizarla en el marco de una terapia.

- Otra estrategia es la de explorar la adopción de IA colectivamente y entre sectores, de modo que se pueda dialogar sobre los impactos que no vemos inmediatamente: es claro que la actitud que asegura “Estoy a favor de la automatización de tareas... excepto de la mía” no puede sostenerse.
- Finalmente, que la regulación no es una opción. No puede haber adopción virtuosa en contextos que descuiden la dignidad de los actores implicados.

Tener algo para decir

Pero volvamos al optimismo. Decíamos que en las discusiones también hay una suerte de consenso que entiende a la IA como una herramienta valiosa para facilitar tareas puntuales que aporten a las prácticas profesionales. Los psicólogos refieren a la posibilidad de administrar tests psicométricos o hacer seguimiento sintomático; los educadores a la adaptación de contenidos o la simulación de escenarios para la formación en el trabajo. Pero, tal vez, el uso paradigmático sea el propuesto por el ejercicio: asistir a la escritura. A modo de reflexión final, queremos volver sobre las consideraciones que los autores hicieron de sus experiencias en la elaboración de sus contribuciones.

Algunos participantes indicaron que las limitaciones de tiempo les habrían impedido completar el ejercicio sin la ayuda de la IA. Otros de campos ajenos a la sociología se apoyaron en IA para aproximarse a los conceptos y autores propuestos en el *template*, o para familiarizarse con un formato de comunicación que les podía resultar extraño o novedoso. Algunos consultaron diversas herramientas de IA para acceder a fuentes y datos. Como resultado, varias contribuciones compartieron referencias y puntos comunes. Esto no nos resulta necesariamente pernicioso: las respuestas generadas por la IA funcionaron como un punto de partida que permitió a los participantes entrar en el diálogo y aportar con sus apreciaciones personales y con sus propios bagajes. La IA facilitó la participación, pero no aportó al diálogo. Si con la IA se vuelve más fácil hablar, hubo que profundizar la mirada para poder decir algo original, algo no uniformizado. En tiempos de información cuantiosa, los aportes que quedan son los de calidad.

Todas las contribuciones mostraron un distanciamiento crítico frente a los insumos proporcionados por la IA. Así, detectaron sesgos y errores, plantearon

prompts cuidados, seleccionaron herramientas más eficientes y configuraron un ida y vuelta con los resultados. Advertidos de los riesgos de delegar la escritura a la IA, algunos autores ensayaron algo más interesante: la posibilidad de usar la IA como lectora y dialogar sobre lo escrito. Para muchos, este diálogo con la IA permitió revalorizar su propio *expertise*. Otros encontraron en las respuestas construidas junto a la IA un discurso que, por extrañeza o mala imitación, no les “cerraba” pero que les permitió terminar de dar forma a una voz propia y auténtica. Enfrentados al problema de caer en un discurso impersonal, se exigieron cuidar su autoría, y tener algo para decir.

Quisimos explorar una sociología pública que asuma su responsabilidad en el debate contemporáneo sobre la IA. Inspirados en el “Manifiesto para la sociología en tiempos polarizados”, de la Asociación Internacional de Sociología (2025), nos propusimos poner las herramientas críticas de la disciplina al servicio de un intercambio abierto con quienes, desde distintos espacios sociales, piensan y actúan para transformar la realidad. Nuestro deseo es que este libro sea un punto de partida para ampliar esa conversación y que inspire a seguir construyendo colectivamente nuevas formas de comprender y significar la IA en nuestra sociedad.

Referencias

- Morozov, E. (2015). *La locura del solucionismo tecnológico*. Clave Intelectual.
- Pasquinelli, M. (2025). *El ojo del amo: Una historia social de la inteligencia artificial*. Fondo de Cultura Económica.
- International Sociology Association (2025). *Manifiesto para la sociología en tiempos polarizados*. <https://www.isa-sociology.org/uploads/imagen/2257-manifiesto-para-la-sociologia.pdf>